

Calendario, primer paso para el cambio



Delia Proenza Barzaga

Una payasa frente a un grupo de niños, como para adelantar la idea de que se enseñará sin imposiciones, roba nuestra atención desde la primera imagen. No por casualidad el mensaje inicial de la titiritera, que será a su vez la profesora Amalia, parte de su observación sobre lo negativo de que algunos niños no leyeron ni un solo libro en sus vacaciones. Eso, sin apenar o humillar a nadie, valiéndose de lo que “adivino” el títere.

En un momento posterior, el retrato doméstico, donde se nos presenta a una protagonista rodeada de problemas, acostumbrada a lidiar con obstáculos que poco a poco irá tratando de sortear, no sin equivocaciones mayores o menores. Amalia es imperfecta, como la realidad misma que trata de reflejar la propuesta audiovisual de los domingos en la noche, y justamente eso la hace cercana, verosímil.

“Húyele a noveno 3, es lo peor que hay en esta escuela,

míralos”, le advierte la profesora Odalis durante el matutino en su primer día en el centro. Y luego se le escucha una frase de hastío, a modo de resumen de lo que significan para ella los 10 meses del curso escolar: un permanente estrés.

Desde los 46 minutos inaugurales la serie televisiva *Calendario*, con guion de Amílcar Salatti y dirección de Magda González Grau, atrapó a la teleaudiencia por el desenfadado y acierto con que se abordan tramas y sub-tramas. El poder de la literatura, mediante lecturas inteligentemente guiadas por un maestro que conoce al detalle las particularidades de las obras, emerge como mecanismo para contrarrestar la indiferencia y hasta cierta rebeldía por parte de los alumnos.

A clases monótonas, trato prejuicioso y una especie de tabú según el cual ningún discípulo de noveno 3 tiene remedio, la nueva profesora de la escuela contrapondrá fórmulas basadas en el diálogo y la confianza, que le permitirán valerse de las preferencias de los adolescentes para

inocularlos de ansias de saber y sembrar en ellos la semilla del buen hacer. Alejada de los discursos aleccionadores y con la convicción de que es posible enderezar conductas, Amalia irá perfeccionado, junto a su método para con el grupo, su propio modo de enfrentar la vida, en la que ya una vez necesitó de un preceptor que fuera a su rescate.

Por el camino, la profesora de Español-Literatura —encarnada por una Clarita García auténtica y convincente— nos irá regalando fórmulas para el manejo de discípulos e hijos que ella misma va descubriendo. Aprenderemos, por ejemplo, cómo lidiar con la discriminación, ya sea por lugar de residencia, nivel social o preferencia sexual; la adicción a Internet y a los teléfonos móviles y otros lastres presentes en la sociedad cubana de hoy.

Disímiles conflictos que resultan cercanos a las audiencias se ventilan, igualmente, en la serie. Son los casos de la presunción sobre la base de la apariencia física, la holgura económica o el coeficiente intelectual; el bullying,

la indiferencia familiar acerca de la formación y el futuro de los hijos, la emigración, la infidelidad, el éxodo de maestros y la tendencia a educar en valores equívocos, en ambos casos representados en la esposa del profesor de Geografía.

Lo mejor de todo, junto a la maestra y el entorno convincente que la rodea tanto en la escuela como en el hogar, son esas actuaciones, que no parecen tales, de los actores que encarnan a cada uno de los alumnos. Justo es decir que a algunos nos costó trabajo asimilar la imagen de adolescentes en cuerpos de jóvenes de mayor edad, algo que suele repetirse en la televisión cubana, pero la caracterización de los personajes termina por borrar esa impresión y el mensaje final llega sin obstáculos.

“Una serie televisiva no resuelve los problemas, pero sí hace pensar, no solo a los destinatarios de los planes sociales, sino también a quienes deciden dónde están los puntos débiles”, declaró acerca de la propuesta una de las primeras grandes producciones independientes del

país grabada, por demás, durante el pico de la pandemia, la directora Magda González Grau.

Amílcar Salatti, guionista de reconocida calidad dentro del Instituto Cubano de Radio y Televisión y creador de la profesora Amalia, sentenció al respecto: “Una serie influye mucho; pero el poder de transformar un sistema educacional y que los docentes asuman esta entrega a la hora de dar clases es un trabajo más profundo y abarcador que el que pueda tener un audiovisual”.

Sentarse ante el televisor, recibir cada capítulo, reflexionar sobre los personajes, las familias, los profesores, es solo el primer paso. Actuar para modificar la realidad allí donde resulte necesario deberá ser lo que venga después. Está probado que la protagonista de la serie no es mera invención: como ella hay en Cuba muchos maestros, aunque lamentablemente no constituyan mayoría.

Pero Amalia, y eso también lo enseña *Calendario*, no podrá sola modificar el mundo. Se necesitan otras voluntades, en el colegio, la casa, la sociedad.



En la punta de la lengua

A cargo de Pedro de Jesús

Al contrario de lo que, mayoritariamente, se verifica en los libros de texto cubanos para la enseñanza y en nuestros medios de comunicación, se debe escribir, por ejemplo, *Los jóvenes artistas subieron al pico Turquino* y *Hay personas que viven en lo más intrincado de la sierra Maestra*, sin mayúscula inicial en los vocablos *pico* y *sierra*.

Es regla ortográfica que solo llevan mayúscula inicial los nombres específicos de las denominaciones de ríos, mares, lagos, océanos, bahías, playas, golfos, sierras, cordilleras, lomas.... Los genéricos que suelen antecederlos van enteramente en minúsculas, porque se comportan como sustantivos comunes que clasifican la entidad geográfica que el específico identifica: *mar Caribe, océano Pacífico, lago Titicaca, río Agabama, bahía de La Habana, cordillera de Guaniguanico, sierra del Escambray, loma del Burro...*

Cierto que en los mapas aparece *Sierra Maestra, Pico Turquino, Mar Caribe, Océano Pacífico, Bahía de La Habana...* Pero allí el sustantivo genérico está en posición inicial absoluta y lleva, por esa razón, la mayúscula; no así cuando el nombre geográfico se integra en un enunciado: *La historia del filme transcurre en una isla del mar Caribe; Nos bañamos en el océano Pacífico; Zozobró en la bahía de La Habana...*

Ahora bien, la regla tiene sus excepciones. Aquí analizaré una de ellas. A veces el genérico deja de ser un mero clasificador: *El viento levantó olas muy altas en Playa Girón; Nos bañamos en Playa Larga*. Notemos que, a diferencia de *Nos bañamos en el océano Pacífico*, donde resulta imprescindible el artículo el antepuesto al sustantivo genérico, en *Nos bañamos en Playa Larga*, el artículo no es

necesario. Conforme con la *Ortografía de la lengua española (OLE)*, esto prueba que el genérico es un constituyente indisoluble del nombre propio y, por tanto, va con mayúscula inicial también, como sucede en *Playa Girón* y otras denominaciones similares de accidentes costeros: *Bahía Honda, Playa Baracoa, Playa Bonita*, etc.

Pero hay nombres geográficos en los que es posible tanto la presencia como la ausencia del artículo definido: *Los invasores entraron por la bahía de Cochinos* y *Los invasores entraron por Bahía de Cochinos* son variantes igual de válidas en el español de Cuba. Parecido, que no idéntico, ocurre con *playa Ancón*: algunos sitios promocionales de hotelería y turismo utilizan el genérico *playa* sin artículo —*Playa Ancón*— y la prensa suele usarlo con él —*la playa Ancón*—. En los registros orales, sin embargo, es

común decir *Ancón* a secas, desentendiéndose no solo del artículo, sino del sustantivo *playa*, al contrario de *bahía de Cochinos*, que nunca prescinde del genérico.

¿Cómo proceder en tales casos? ¿Adoptar la mayúscula en unas realizaciones y la minúscula en otras —como he hecho aquí—, aun cuando se trate del mismo nombre?

Cifrar en tan arduas disquisiciones la corrección de la escritura de esta clase de denominaciones atenta contra la sencillez y la economía del sistema de representación gráfica. Estimo, además, que carece de verdadera utilidad práctica diferenciar, por ejemplo, entre las formas *bahía Honda* y *Bahía Honda* o *playa Girón* y *Playa Girón*. Si bien comprendo la validez que, desde la perspectiva semántica, tiene discriminar cuándo el sustantivo genérico funciona como

mero clasificador y cuándo no; me pregunto, por un lado, cómo enseñarlo eficazmente en las escuelas; y, por otro, cuántos profesionales de la edición y la comunicación conocen esto y lo toman en cuenta en su labor cotidiana.

Sería mejor, opino, eliminar esta excepción, con lo que se evitaría la irregularidad gráfica que entraña escribir, digamos, *Bahía Honda*, pero *bahía de La Habana* y *bahía de Santiago de Cuba*; *Playa Girón* y *Playa Larga*, pero *playa del Chivo*, *playa Boca Ciega*, *playa La Boca*, *playa María la Gorda...*

Debería, no obstante, mantenerse la excepción que atañe a la naturaleza del referente designado por el sustantivo genérico. En casos como *bahía Honda*, *ciénaga de Zapata*, *sierra de Cubitas* o *sierra Maestra*, empleados para aludir no a las entidades naturales en sí mismas, sino a los municipios homónimos, es claro que los genéricos deben llevar mayúscula inicial: *Bahía Honda*, *Ciénaga de Zapata*, *Sierra de Cubitas*, *Sierra Maestra*.

Termino con un breve comentario sobre el *Diccionario geográfico de Cuba (DGC)*. Concordante con *OLE*, registra *pico Turquino*. Pero, discordante, asienta *Sierra Maestra*, *playa Girón* y *playa Larga*. Tales discrepancias no deben extrañarnos: el *DGC* se publicó en 2000, 10 años antes que la *OLE*.

Criticable sí es, en cambio, la escritura de *sierra Maestra* con mayúscula inicial en el genérico (*Sierra Maestra*); primero, porque infringe la normativa ortográfica; segundo, por la incoherencia que supone sancionar la mayúscula solo en este nombre, mientras en el resto de los de su tipo aparece *sierra* con minúscula (*sierra de los Órganos*, *sierra Azul*, *sierra Limones*, *sierra Chiquita*, *sierra del Rosario...*).

Una excepción de dudosa utilidad

